



Verde Duero arribeño en abril

Aquella mañana de abril todo era jolgorio y algarabía. No era para menos; era el Domingo de Resurrección y, por fin, tras una larga y soporífera Cuaresma de ayunos y penitencias, Jesús había resucitado.

Con el fardel enganchado a la cintura o llevado de la mano, dentro el exquisito "hornazo", nos dirigíamos en pandillas a las profundidades del Duero por la carretera recién estrenada; veinte kilómetros ida y vuelta de trajín, bordeando el regato Ropinal, paralelo a la carretera, saltando peñas y robándole una ramita al espino en flor para llevarnos su aroma.

A los diez años nuestros cuerpos retozaban en aquel frondoso paraje como cabritillos desbandados.

En el regato, los aromas de las plantas, adormecidos durante la noche, se desperezaban con los rayos de sol. Los pájaros alborozados buscaban pareja y se jaleaban en la fronda de verdes primerizos y, por encima del resto, el ruiseñor presumía su poderío musical lanzando a borbotones sus gorgoritos majestuosos al compás de las aguas cantarinas que sorteábamos bullangueros. Esa mañana también la naturaleza parecía resucitar del letargo invernal, igual que nosotros nos liberábamos de la Cuaresma y ya podíamos decir "mecagoenlaleche, o malrayoteparta", como suena, sin temor a que la tía Pirica asomara por el cuarterón de la puerta para reprendernos: "¡Que no se dicen esas palabrotas en cuaresma, mandrines, no ofendáis al Señor...hum...carajo de rapaces!"

En la última curva de la carretera apareció en lo hondo el Duero, jalonado de naranjos, majestuoso, vestido de verde, impoluto. Nunca había visto un río grande y aquel verdor aterciopelado de sus aguas permaneció fresco en mi memoria. "Mira, es verde casulla", le dije a Marcelino. Ambos éramos monaguillos.

Esta mañana de mediados de abril recordando aquel día, más de medio siglo después, he bajado hasta el Rupitín y el Rurupay. Desde el Rupitín tomé estas fotos para inmortalizar aquel verde que hoy es el mismo.

Antes de llegar avisté a un labrador acariciando la tierra con amor, y me alegré, porque el tractor, al contrario, es despiadado y lo hace a lo bruto.

Desde los Picos de Urbión el Duero se despeña arramblando con todos los verdes. En Tordesillas sesteá y las alamedas, chopos y pinares le entregan el suyo. Por fin, en su despedida de España, el Duero, en las Arribes de Aldeadávila, se estira perezoso en el cauce como anaconda gigante adormecida en su particular selva y, ya, todo es verde. Mejor dicho, aquí, en sus aguas se funden todos los verdes: el verde naranjo, el verde limonero, el verde cactus, el verde lagarto, el verde oliva, el verde escoba, el verde carrasco, el verde acebuche, el verde pino y ciprés, antaño centinelas en el “Convento de La Verde”, precisamente, de los franciscanos, junto al río; el verde botella, el verde Soraya, la exemperatriz de Persia ataviada, en su esplendoroso palacio, de esmeraldas y pedruscos preciosos y de ahí su verde deslumbrante; el verde billetes verdes, el que más cunde, que es el verde del fruto verde hecho dinero. Hasta la cigüeña negra que aquí vive, al mirarse en el río se contempla verde, como verde se torna el plumaje bajo las alas de alimoches, águilas y buitres leonados que planean sobre el espejo del río.

También el barco de turismo que pilota Manolo es verde arribeño. Verde mi Duero.

Hoy, yo he disfrutado de todos sus verdes, y hasta he respirado hondo sus aromas.

Aquí el Duero exhibe su verde señorial, pero solo una vez al año: en abril. Por eso a este verde lo he bautizado: “Verde Duero arribeño en Abril”. Que son todos los verdes bajo el cielo.